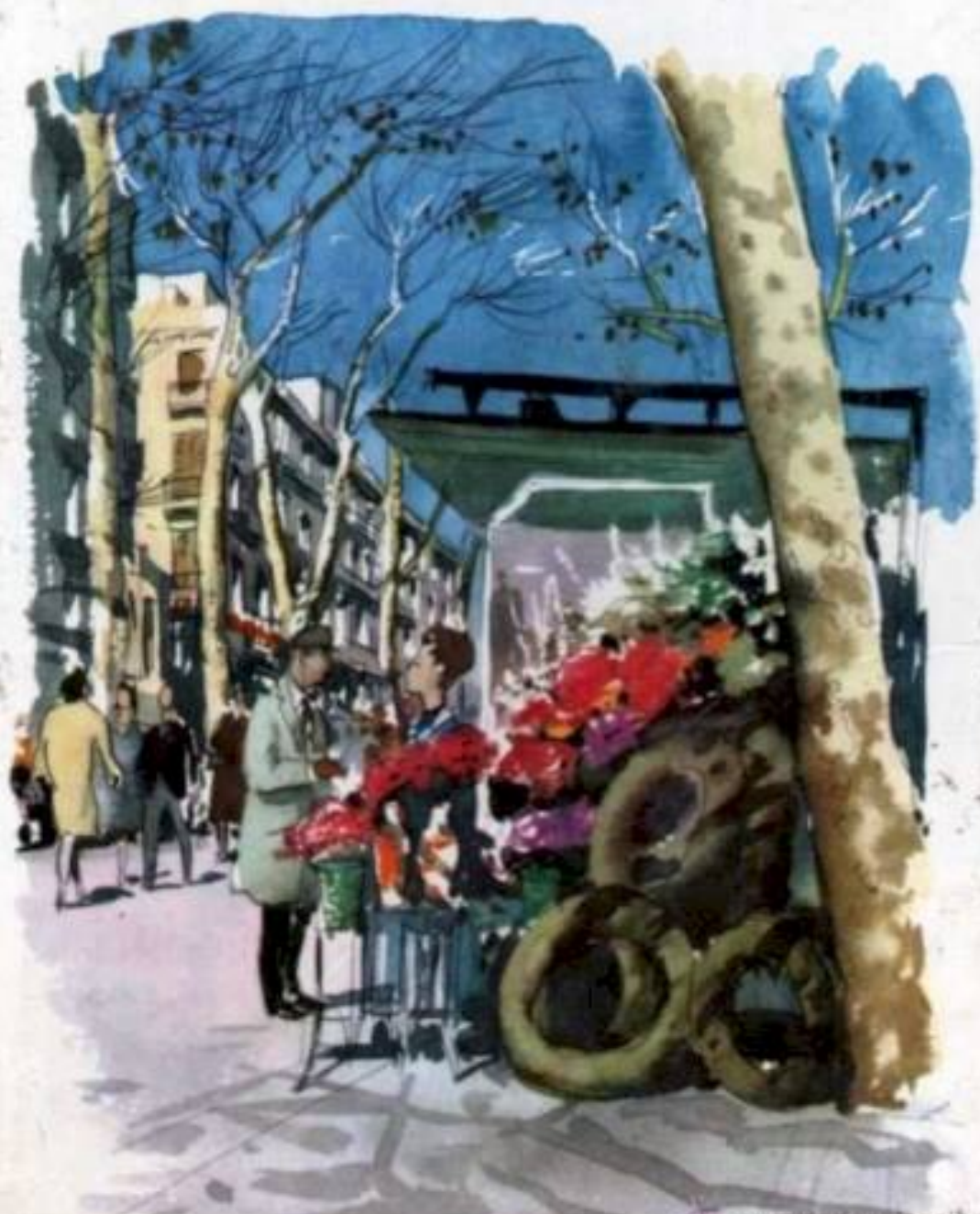


BARCELONA

CAMILO JOSE CELA



BARCELONA

A dos amigos barcelonís (*): Gustavo Camps, mi cicero-
ne, y Joaquim Vellvé, mi boticario. Por aquello de que més
val un bon amic que cent parents.

(*) Sé bien que *barceloní*, plural *barcelonís*, es voz caste-
llana no recogida por los diccionarios; todo es cuestión de
paciencia, ya lo harán. No es la primera vez que la escribo
o la digo, y pienso que su formación, quizá arabizante, so-
bre eufónica es correcta y, en todo caso, castellanización
del catalán *barceloní*, *barcelonins*. (N. del A.)

Ahora toca pasearse Barcelona, la pródiga y rica — me-
sa de Barcelona, pan por persona—, la de la mar alegre, la
tierra jocunda, el aire claro... Sí, Don Quijote supo que las
señas propicias se criaban por esta linde archivo de la cor-
tesía, albergue de los extranjeros, hospital de los pobres,
patria de los valientes, venganza de los ofendidos y corres-
pondencia grata de firmes amistades y, en sitio y en belle-
za, única. Cervantes afinó su diagnóstico de Barcelona. El
Petrarca, en trance de cantar el armonioso, el bello pecho
de Laura, no llegó a tanto y suspiró en galante verso de so-
neto:

Ove alberga onestate e cortesia.

Tampoco falta quien piense que en aquellas palabras
hay reminiscencias de este endecasílabo, lo que no es infel-
iz muestra, de cierto, del amor que sintiera Cervantes por
la ciudad.

Pinta hoy el recuento de los oros de Barcelona, entre la
mar de Ulises y el monte que dicen Tibidabo —esport i çiu-

tadania —, la ventana de Europa, el troquel del modernismo, la saludable espiga democrática —Barcelona, cap i casal de Catalunya— donde los hijos del señor Esteve se hacen melómanos y coleccionistas de arte, y para caminarla, un pie tras el otro pie y los ojos de par en par abiertos y avisados para la sorpresa, nuestro hombre se lava los ojos y los pies del alma en las limpias aguas de su errabundo corazón que, a veces, quisiera ver tan elemental y diáfano como una gota de rocío.

Por el mundo adelante hay muchas Barcelonas: una en el Valle de Oro, en tierras de Lugo; otra a la sombra de Bunyola, en la isla de Mallorca; cuatro en Francia; la séptima en Inglaterra; la octava en Sicilia de Pozzo di Gotto; aún otras dos en las islas Filipinas; dos más en Colombia y otras tantas en Bolivia y en el Brasil; diez más en Venezuela y una en el Ecuador y otra en Puerto Rico. Total, veintiocho y, probablemente, alguna más trasconejada por los recovecos de la geografía, esa ciencia confusa.

La Barcelona de la que, en este trance, se ha de hablar es la del Principado, la cantada por los bucólicos poetas del industrialismo: Quan a la falda et miro, de Montjuic seguda, / m'apar veure't als braços d'Alcides gegantí, / qui per guardar sa filla, del seu costat nascuda, / en serra transformant-se, s'hagués quedat ací.

No se sabe bien que Mosén Cinto, pese a ser duro de tobillo, escalara el Montjuic, pero, en todo caso, ahí quedaron sus versos cantando, heroicos y elegíacos, a la gran Barcelona, la famosa entrada de España de Lope de Vega.

El librito que sigue aspira a ser, según costumbre, un florilegio honesto, sentimental y callejero, escrito —al menos en el propósito— con la palabra a bote pronto y la memoria un sí es no es entornada sobre los velos y los cueros del alma. En castellano, a quien escribe al dictado se le dice amanuense. Pues bien: al amanuense que escribió estas páginas al dictado de su corazón, no le ha venido mal el ser gallego y periférico para mejor entender los nada

misteriosos esguinces de este caserío abigarrado, tumultuario y prepotente, pero también sencillo, luminoso y con la clave a flor de su rosada piel tradicional. Que lo haya podido conseguir, o no, ya no es cosa de su intención, sino de la suerte en el lance y del talento que Dios haya podido darle o quitarle. Y el talento y la suerte, si preconizables y deseables, en ningún caso pueden ser exigibles. ¡Ojalá lo fueran!

"EL PUNTO MÁS ALTO DE LA ANTIGUA BARCELONA"

Por detrás de la catedral, mismo donde la silenciosa y umbría calle del Paradís dobla en ángulo recto, hay una losa que señala "el punto más alto de la antigua Barcelona". A la antigua Barcelona, antes se le llamaba barrio de la catedral —y antes aún, Mons Taber— y ahora se le dice barrio gótico, que queda más culto y turístico. El barrio gótico empezó por ser ibérico, continuó en romano, siguió en godo, fue musulmán, pasó a carolingio y, entreverado de judío, tuvo su apogeo histórico con los doce condes de Barcelona, los trece reyes de Aragón pertenecientes a la casa de Barcelona y los cuatro Trastámaras; a principios del siglo XVI la historia volvió grupas a estas ilustres piedras y el barrio ya no levantó cabeza hasta cuatrocientos años más tarde. Los judíos se instalaron en Barcelona en tiempos de los romanos, en el Call, donde llegaron a rezar en dos sinagogas; en su cementerio se encontró una sortija de oro con la palabra *Astruga*, quizá nombre de mujer y quizá deseo de bienaventuranza; *Estruch*, *Estruga* y *Estrugo* son apellidos hoy frecuentes, y *bona* o *mala astrugància* o *astrugança* vale por buena o mala suerte, aunque *astrugància* *astrugança* no puedan caminar solas; *astruguea* significó buena suerte.

Para Cicerón, la historia es testimonio del tiempo, luz de la verdad, vida de la memoria, maestra de la vida y reflejo de la antigüedad; también es, con harta frecuencia, sarta de despropósitos, nómina de minúsculas venganzas, inventario de caprichos, centón de rapiñas y monótono y aburrido vocerío.

La romana *Pia Favencia Barcino* desbordó el *Mons Taber* —fundado frente a la autóctona *Laye*— y, quizás en el

siglo IV y escarmentada de cobrar candela, se fortificó; novecientos años andando, Jaime I levantó sus murallas y los cristianos —que propendían al ahorro— apoyaron sus casas en los recios muros que un día fueron romanos e imperiales; así, con esa especie de casual vendaje que les pusieron, se conservaron hasta que en parte fueron destapados y aireados. Paños de estas murallas quedan ahora en las calles de Murallas Romanas y de Tapinería, en la casa Canonja y en las plazas Nueva y de Berenguer el Grande, con la estatua ecuestre del conde, obra de José Llimona, en su jardín en el que los pájaros cantan en los cipreses y verdea el mirto de la sabiduría.

Los paganos —que es nombre de catequesis y de significado difícil e impreciso— levantaron en el Paradís el mayor templo de la ciudad, que se cambió más tarde por un jardín deleitoso y, a lo que parece, paradisiaco. En el codo que forma la calle del Paradís, una vieja rueda de molino incrustada en el pavimento marca el punto más elevado de la ciudad de entonces. En ese preciso lugar —y en un caserón gótico, penumbroso y cargado de historia, que guarda tres columnas del templo de Augusto que la gente prefiere llamar de Hércules — tiene ahora su sede el Centro Excursionista de Cataluña, benemérita institución a la que tanto debe la cultura de este país. Por la calle que dobla se llega a la plaza de San Jaime, encrucijada de las dos principales vías de los romanos: Cardo, que ahora se llama calle de la Ciudad hacia un lado y del Obispo hacia el otro, y Decumano, que ahora es Call para arriba y Libretería para abajo. Cardo, en latín, puede significar límite o senda; también fue el nombre de una ciudad de la España ulterior, pero ésta cae muy lejos de Cataluña. Decimanus o decumanus se le decía al cobrador del diezmo y al soldado de la legión décima. La ibérica Laye del Montjuic, que acuñó en su moneda la misteriosa palabra Layesken, que no se sabe lo que significa, se fue encogiendo ante la romana Barcino del Mons Taber, nombres acerca de los que hay más dudas que

certezas. Sobre Taber no se hacen ni conjeturas; puede que sea mejor así. La leyenda de que Barcelona fue la *barca nona* que envió Hércules en socorro de Troya no pasa de ser una bella licencia poética; su etimología púnica es infundada, y el querer derivar su nombre del de Amílcar Barca, está bien como broma heroica, pero tampoco puede admitirse. Barcino es quizá producto de un prefijo átono prerromano, relativamente frecuente en la península: Barca, Barceda, Barcelá, Barcella, Bárcena, Bárcenas, Barcenilla, Barcia, Bárcina, Bárzena, son topónimos de cuna tan incierta como vestusta; hay quien supone que bajo ellos laten muy bucólicas nociones: henil, gavilla de cereal, choza, establo, nava. Sea lo que fuere, lo que sí puede asegurarse es que el nombre de Barcelona no es de la semana pasada.

LA PLAZA DEL REY

Florece en el rovell de l'ou, la yema del huevo, de la ciudad. Ataúlfo —y aún antes, los pastores romanos— vivieron, según síntomas, en terrenos de lo que, desde el siglo XI, fue el palacio Real Mayor. Este palacio Real Mayor, con los siete pisos de arquerías del mirador del rey Martín, se alza al fondo de la plaza del Rey; en una esquina, una escalera en arco de círculo lleva hasta dos puertas: la del palacio, románica, y la de la capilla de Santa Águeda, gótica; en esta escalera fue donde el payés Joan Canyamàs quiso segar a punta de espada la vida de Fernando el Católico, poco después de que Colón llegara a América y aun antes de que en España se recibiera la noticia. De la capilla puede pasarse al majestuoso salón del Tinell, tan noble en su arquitectura como en su historia. Enfrente está el palacio Clariana-Padellàs, con el museo de Historia de la Ciudad, que fue trasladado, piedra a piedra, desde la calle de Mercaders. Frente a la capilla se levanta al palacio del Lugarteniente, hoy archivo de la Corona de Aragón, que encierra un verdadero tesoro en documentos medievales. El palacio del Lugarteniente da a tres calles: la de los Condes de Barcelona —en la que está la entrada de lujo, por la que se accede a un patio con una parra que si no oyó roncar a don Pedro de Portugal, le faltó poco—, la de la Baixada de Santa Clara — que en tiempos se llamó de la Corretgeria — y la de esta plaza del Rey.

LA CATEDRAL

Según los sabios, la primera catedral de Barcelona se levantó en el siglo IV, en tiempos del obispo San Paciano y de las murallas romanas; algunos —se conoce que más sabios todavía — la sitúan aún antes. En el siglo VI fue escenario de dos concilios y en el IX, los árabes, por eso de la propagación de la fe, la echaron abajo. Empezaron a reconstruirla los obispos Adaúlfo y Frodoíno, que tampoco eran godos, y la volvió a tirar al suelo el moro Almanzor, que era un cachondo que no dejó títere con cabeza. El obispo Guislaberto, en el siglo XI, consagró la segunda catedral barcelonesa, puesta, como la primera, bajo la advocación de la Santa Cruz y Santa Eulalia. Esta catedral románica duró hasta finales del siglo XIII, tiempo en el que, siendo obispo Bernat Pelegrí, se iniciaron las obras de la que, con sus quitados y sus añadidos, puede hoy verse y tocarse. A la tercera, va la vencida.

Antes de que, aún no hace tantos años, se metiera la piqueta en las calles de la Corribia y del Bou de la plaça Nova, la catedral no podía verse desde ningún lado; ahora, con la avenida de la Catedral en los terrenos de aquellas calles y de las casas gremiales de los zapateros y de los mesoneros — en buena hora derribadas —, puede contemplarse ya con la necesaria perspectiva.

La catedral de Barcelona se empezó por la puerta de Sant Iu, al que los murcianos dicen San Ivo, que da al brazo de levante del crucero; el ábside lo levantó Jaume Febrer y cubrió aguas mientras el antipapa de Avignon, que se llamaba don Roberto, impacientaba a la cristiandad; dos años más tarde se dio fin al crucero, pero también a la bolsa.

La catedral de Barcelona llegó hasta donde pudo en tiempos del obispo Climent (Çapera, en el siglo XV; entonces se acabaron los cuartos, se archivó el proyecto del francés Carlí y se cerró la iglesia, por este lado, con un paredón de mampostería. Esta situación precaria y su consiguiente aspecto miserable duró más de cuatrocientos años, hasta que el banquero don Manuel Girona, en un gesto prócer, se rascó el bolsillo y arrimó el dinero necesario para rematarla. Don Manuel fundó el banco de Barcelona el año que nació Verlaine; fue alcalde de la ciudad al tiempo de venir al mundo Manuel de Falla; decidió terminar la catedral mientras Menéndez Pelayo publicaba su *Historia de los heterodoxos españoles*, y administró la Exposición Universal coincidiendo con el estreno de *Scherezade*, de Rimski-Korsakov. El benemérito señor Girona fue también impulsor (y gran pagano) del Liceo y de la Universidad Literaria; don Manuel fue un curioso y ejemplar tipo de su época, muy semejante al marqués de Salamanca. Cuando el cabildo se encontró con el mirlo blanco que se mostraba dispuesto a correr con los gastos —que no eran pocos—, convocó un concurso para llevar las obras a buen fin e impuso tres condiciones: que el estilo de la fachada fuera gótico del siglo XIV (made in siglo XIX); que tuviera cimborio y que — a gusto de los arquitectos — luciera o no luciera rosetón y torres. La gente se pronunció por el proyecto de Joan Martorell, que tenía muy ambiciosa majestad, pero el cabildo optó por una mezcla de otros proyectos, el de Josep Oriol Mestres y el de Augusto Font, cuyas obra salían más baratas; este proyecto Mestres-Font estaba calcado, más o menos (más bien más que menos), del del francés Carlí, fechado en el 1408. El cimborio se levantó más tarde a expensas de la familia Sanllehy, herederos del señor Girona. Los Girona y los Sanllehy están enterrados en la catedral; la sepultura les salió por un ojo de la cara, pero, en todo caso, bien ganado se lo tienen. San Raimundo de Peñafort, Ramón Berenguer conde de Barcelona y mosén Borra, con su cin-

turón de cascabeles y su gozquecillo, también están enterrados en la catedral. Y Santa Eulalia, como se dirá cuando le toque.

Por Santa Lucía — la navidad ya en puertas — los alrededores de la catedral se tornan alegres y bulliciosos, con la feria de los belenes ofreciendo la ilusión al alcance de todas las fortunas. El 13 de diciembre — Santa Lucía — los ciegos y las modistillas van a rezar a su patrona, en cuyo pórtico lucen, esculpidas en piedra, las yerbas de medicina que sirven para dar fuerza a la vista. Por el Corpus, mientras redoblan las trampas — los tambores a caballo — y la Custodia marcha bajo una lluvia de claveles rojos y amarillos florecitas de retama, la fuente del claustro de la catedral — también la de la casa del Arcediano — se adorna con flores y con cerezas y, en el chorrillo del surtidor, l'ou com balla, el huevo que baila, danza su acrobática pirueta incansable, monótona y tradicional.

En la escalinata de la fachada noble, los domingos y fiestas de guardar, por la mañana, con permiso de la autoridad competente y si el tiempo no lo impide, las mozas y los mozos —y quienes ya hace tiempo que no lo son — bailan sardanas al buen son de las coblas; ahora, la autoridad competente parece como haberse amansado y el tiempo, salvo que ya no sea ni tiempo, no suele echar a perder el baile ritual.

La catedral, por fuera y por dentro, tiene mucho mérito e historia y aparece, en general, bien aseada; si el amanuense no se cuela en su interior para contarle por lo menudo y con palabras de fundamento (archivolta, tímpano, ojiva, arcuación, etc.), acháquese a que es más bien de inclinaciones errabundas, que el cariño a la silueta de la catedral lo tiene bien acreditado: cuando va a Barcelona se instala en el hotel Colón. También influye —que todo hay que decirlo — el hecho de que el maître, el señor Permanyer, cuida su paladar y su bandujo con tanto mimo como sabiduría y eficacia: que nunca as mañas perda —dicen el ama-

nuense y sus paisanos gallegos— y que Dios se lo pague —
susurran los estómagos agradecidos.

LA PLAZA NUEVA

Fue el ejido de la Barcelona romana y el acceso al Cardo a través de la puerta que en la Edad Media llamaron Bisbal porque pegaba al huerto del obispo; con el siglo XIV doblándose por la mitad, el obispo cambió su huerto por agua para el claustro de la catedral y entonces, más o menos, nació la plaza. Las dos recias torres romanas que flanquean la puerta fueron restauradas por los arcedianos cuando eran dueños de ellas — en el siglo XII — y están todavía de buen ver. La fachada del palacio del obispo es joven, al lado de las piedras que la miran: es del 1784, mientras el gobierno español —tradicionalmente tan celoso de la salvación de sus almas súbditas — dictaba severas órdenes contra la difusión de la *Enciclopedia* y sus enseñanzas nefandas. En una de las torres, la de la izquierda, habita San Roque engalanado con sus flores de trapo, que tienen la ventaja de que no se marchitan jamás; San Roque, en su hornacina, se aburre como una ostra durante todo el año, pero se desquita el 16 de agosto, cuando en su homenaje dan suelta a la alegría, y los gremios le adornan la plaza con ramas y banderas, y la gente baila sardanas y los niños corean los torpes pasos de danza de los gigantones: la geganta i el gegant / ara ballen, ara ballen. / La geganta i el gegant / ara ballen i sempre ballaran.

LA CALLE DE LA CIUDAD

Está en el corazón de la Barcelona administrativa, saliendo de la plaza de San Jaime; a la esquina se alza el ayuntamiento, la casa de la ciudad, con su frente decimonónico, neoclásico y más bien aburridillo, dando a la plaza, y el noble gótico de la fachada antigua, fluyendo por la angosta calle de la Ciudad. En la plaza estuvo, en tiempos, la iglesia de San Jaime, colindante con el ayuntamiento; cuando se vino abajo, a éste lo tuvieron que acicalar un poco y le inventaron una fachada; esto sucedió hace cosa de un siglo más o menos, cuando empezaron a circular los sellos de correos en Inglaterra, y es obra del arquitecto Mas. A derecha e izquierda de la puerta, como dándole guardia, aparecen el rey Jaime I el Conquistador y el concejal Fivaller, que cobró impuestos al rey Fernando; los esculpió el académico José Bover, muerto al nacer el Ku-klux-klan, mientras Alfredo Nobel inventaba la dinamita y Dostoievski escribía *Crimen y castigo*; quiere decirse en el 1866. La calle de la Ciudad es recoleta y umbría, misteriosa y amable, aristocrática y civil; el calendario se paró sobre el San Rafael y los tres escudos que rematan el portalillo del ayuntamiento y, por el aire, igual que dos pájaros tristes y sin edad, revuelan las ánimas benditas de Santa Eulalia y San Severo, sus cuerpos presos bajo el dosel de piedra. La santa fue cincelada por el manresano Joan Flotats, en el siglo pasado; el santo es huérfano, de padre desconocido, y del XVI.

LA CASA DE LA CIUDAD

El sentido de la Ciudad, con C mayúscula, lo tienen los barceloneses tan acentuado como los genoveses o los venecianos, y quizá más vivo. En el siglo XIII, el *Llibre de Matricula de Ciutadans Honrats* se abría todos los primeros de mayo para dar cabida a quienes lo merecieran; el rey elegía cuatro paers entre los ciudadanos y de aquel uso nació la Universitat o Comú, origen de la institución municipal. Los paers elegían ocho consellers y un veguer, quienes a su vez nombraban una nutrida asamblea de hombres probos y gobernaban la ciudad asistidos por un batlle —cuidador del aseo y buen orden de los edificios—, un mostassal —vigilante de la fidelidad de los pesos y medidas— y un capdeguaita —o sargento mayor de los guardias municipales—, de la asamblea nació el Consejo de Ciento, que duró hasta Felipe V. Toda la historia de Barcelona se coció, desde la Edad Media, tras estos muros.